

Daniel Campione*

“REPARICIÓN OBRERA” EN ARGENTINA A PARTIR DE 2004**

EL MOMENTO MÁS ÁLGIDO de la crisis argentina, luego de diciembre de 2001, coincidió con una disminución del conflicto en el movimiento de los trabajadores ocupados en las luchas obreras, que perdió protagonismo en términos relativos en los años 2002-2003, en consonancia con la fuerte activación de los trabajadores desocupados y sus reivindicaciones¹. Hace un tiempo señalábamos como interrogante “la posibilidad de que se produzca un proceso de activación en el movimiento obrero ocupado, bajo la dirección o al margen de las direcciones sindicales tradicionales” (Campione y Rajland, 2004).

* Politólogo. Profesor de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas (FISyP) Buenos Aires, Argentina.

** Trabajo presentado en el XXV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), celebrado en Porto Alegre, Brasil, entre el 22 y 26 de agosto de 2005 (Grupo de Trabajo Sociedad Civil: Protestas y Movimientos Sociales).

¹ En términos de cantidad de conflictos, el año en el que se visualiza un verdadero “repliegue” es 2003. Con sólo 122 paros y medidas de fuerza, fue el año de menor cantidad de conflictos desde 1980. El año anterior, 2002, había presentado 285 conflictos, lo que ya constituía un retroceso frente a 2001, que había tenido 358 (ver Centro de Estudios Nueva Mayoría, 2004a).

Ese incremento de “visibilidad” se ha producido desde los últimos meses del año 2004, sobre todo a partir de la aparición de algunos conflictos de vasta repercusión, que terminaron con triunfos, parciales o totales, de los trabajadores en huelga. A ello se unió, para fortalecer el carácter “ejemplar” de las luchas, el hecho de que algunas de las más resonantes emanaron de sectores de oposición a las conducciones sindicales, o de organizaciones con orientación ideológica y formas organizativas diferenciadas de las mayoritarias en el movimiento sindical.

El nuevo “auge” de la conflictividad obrera podría datarse a partir del último cuatrimestre del año 2004, momento en que se hizo notorio un incremento que atravesó todo el año. En particular se manifestó en torno a dos conflictos: el de los trabajadores del transporte subterráneo de pasajeros de Buenos Aires y el que afectó a las compañías telefónicas². Ambos gremios ya habían tenido medidas de fuerza, que en todos los casos fueron encabezadas por conducciones preexistentes³, y ya habían afrontado luchas, incluso exitosas, aunque estas no tuvieron el nivel de repercusión pública que alcanzaron las de los últimos meses⁴. En las luchas más recientes, en cambio, quedó muy visible el triunfo obtenido por los trabajadores, en primer lugar en el plano salarial, y luego en otras reivindicaciones⁵.

2 Si tomamos la dimensión estrictamente cuantitativa, 2004 es un año de marcado incremento de los conflictos obreros con respecto al año anterior. Pasan de 122 en 2003, a 256 en 2004. De todas maneras es preciso tener en cuenta que, tomados en una comparación más amplia, tanto 2003 como 2004 son años de baja conflictividad, ya que el promedio de los últimos veinticinco años es de 387 conflictos, y el año récord, 1988, presentó 949 (Centro de Estudios Nueva Mayoría, 2004b).

3 El cuerpo de delegados que encabezó el conflicto de subterráneos tiene mandato desde el año 2000. La conducción del sindicato telefónico –Federación Obreros y Empleados Telefónicos (FOETRA)-Buenos Aires– lleva años al frente del gremio.

4 Resultan interesantes las declaraciones de Claudio Marín, secretario adjunto de FOETRA-Buenos Aires (sindicato telefónico): “Hace un año y medio hicimos una pelea salarial donde logramos un aumento superior a este: un 40 y pico por ciento. Pero nadie nos dio bola. Lo que está cambiando es la sensación de que se puede ganar, y de que es necesario organizarse y pelear. Me parece que hay una revalorización de lo colectivo. No de los sindicatos, pero sí de la organización gremial, por eso me parece que somos bien vistos por la opinión pública” (*Lavaca.org*, 2005).

5 En diciembre de 2004, los trabajadores telefónicos, agrupados en FOETRA logran un aumento del 20% sobre la masa salarial y una suma fija extraordinaria, tras una serie de medidas de fuerza iniciadas en noviembre, que incluyó un paro de seis días en Telecom y Telefónica, la ocupación de Centros de Transmisión Nacional y manifestaciones callejeras con masiva concurrencia. El 15 de diciembre se levanta el plan de lucha de los trabajadores de los trenes subterráneos de Buenos Aires, iniciado 26 días atrás. Lograron aumento salarial de 100 pesos, incremento de adicionales y pago de horas nocturnas (*OSAL*, 2004).

Comenzado el año 2005, algunos conflictos se prolongaron, como el de subterráneos, y aparecieron otros nuevos, como el del Hospital Nacional Pediátrico y el de la aerolínea de propiedad estatal (LAFSA), que también alcanzaron vasto impacto. La visibilidad de estos reclamos puede atribuirse en parte a su ubicación metropolitana y en sectores que afectan la vida cotidiana de parte importante de la población, pero también por la tónica de estar encabezados por comisiones internas, opositoras o al margen de las conducciones sindicales. En los últimos meses se fue ampliando la cantidad y variedad de gremios que entraron en conflicto con vasta resonancia, incluyendo zonas geográficas periféricas, como una prolongada medida de fuerza en la industria pesquera de la Patagonia. Los trabajadores del sector público vieron recrudecer su conflictividad, en todos los niveles –nacional, provinciales y municipales–, con dos casos notables en la provincia de Santa Cruz, Caleta Olivia y Pico Truncado⁶.

Daremos preeminencia en este trabajo a las tendencias que permiten visualizar este auge de conflictividad, tanto en las prácticas y conformación del movimiento obrero, como en su recepción por otros sectores de las clases subalternas.

LOS FACTORES CONDICIONANTES DEL DESENVOLVIMIENTO DE LOS CONFLICTOS

La reactivación económica ha sido muy significativa en la Argentina de los años 2003 y 2004. Es certera la frecuente afirmación de que lo que ha ocurrido no es otra cosa que una recuperación de la economía desde una recesión profunda y prolongada, que recién ahora llega a niveles de producción y consumo similares a los de 1998, año en que comenzó la larga recesión. Pero para tomar una idea del impacto del proceso de reactivación en la percepción colectiva, es necesario tener en cuenta que la economía argentina venía de retroceder el 4,4% en 2001 y el 10,9% en 2002. Y de allí pasó a un crecimiento del 8,8% en 2003 y el 9% en 2004 (INDEC, 2004a). La inversión de la tendencia difícilmente podría ser más acentuada, y apunta a continuar en niveles similares en 2005 (según datos provisorios, se estaría creciendo al 9,2% anual). Esto se reflejó incluso en un moderado retroceso de los índices de pobreza y desempleo, aunque en ambos casos los niveles siguen siendo más desfa-

⁶ Desde el punto de vista cuantitativo, es 2005 el año en el que se produce un sensible aumento del nivel de conflictividad. En los primeros seis meses se registraron 361 conflictos, es decir, más de un centenar por encima del total del año anterior. Junio de 2004, con 127 conflictos, fue el junio de más alta conflictividad desde 1980 hasta ahora (el que le sigue, junio de 1990, presentó 72 conflictos). Cabe señalar que, entre los conflictos de junio de 2005, la preponderancia de los del sector público es muy amplia –alrededor del 80% (Centro de Estudios Nueva Mayoría, 2005).

vorables que al comenzar la crisis, lo que habla de una asimetría en la recomposición económica, que tiende a desfavorecer a los trabajadores asalariados y sectores de menores ingresos en general. Los datos oficiales para el segundo semestre de 2004 en el plano nacional indican un 40,2% de la población bajo la línea de pobreza, con más del 15% en situación de indigencia. Si se toman los hogares, los situados bajo la línea de pobreza son el 29,8% (INDEC, 2004b). Es preciso considerar que en los primeros años de la década del noventa hubo momentos en los que el índice de pobreza se ubicó por debajo del 20%.

La evolución del desempleo en las últimas dos décadas marca el tránsito desde una situación de virtual pleno empleo a los porcentajes de trabajadores desempleados más elevados de la historia del país, o al menos desde que se llevan registros confiables. La desocupación era del 2,6% en 1981 y del 4,8% en 1982. Hay que esperar la década del noventa para encontrarse con porcentajes superiores al 10%. En mayo de 2002, esta tasa llegó a situarse por encima del 21%, para luego descender paulatinamente a cifras por debajo del 15, pero que, si se contabiliza como desocupación a quienes reciben subsidios (Planes Jefas y Jefes de Hogar), siguen bordeando el 20%. En el trimestre enero-marzo de 2005, el porcentaje de desempleo abierto fue del 13%, lo que se incrementó el porcentual del trimestre anterior, que fue del 12,1%. Hacia fin de este último año, se registró un nuevo descenso, con el 10,1% (INDEC, 2005).

De todas maneras, se ha expandido la percepción de que a favor del crecimiento económico las empresas están obteniendo mayores beneficios, lo que les otorga mayor margen para pagar incrementos salariales y otras ventajas económicas, si se las presiona adecuadamente. Y como contrapartida, existe conciencia de que el salario se deterioró después de febrero de 2002, a favor de la devaluación y los fuertes incrementos de precios que la acompañaron⁷. A impulso de la recuperación económica, se ha dado en algunas ramas un incremento de la demanda de mano de obra que, pese a la situación de elevado desempleo, encuentra dificultades para reclutar trabajadores capacitados para los puestos

7 La inflación durante el año 2002 totalizó el 41%, en medio de una profunda recesión económica y una altísima desocupación, que se conjugaron para hacer que ese deterioro del poder adquisitivo no fuera acompañado por aumentos salariales. La inflación de 2003 descendió abruptamente (a menos del 4% anual), y se produjeron incrementos de suma fija, pero el deterioro de poder adquisitivo no se modificó en sentido favorable a los trabajadores. Los años 2004 y especialmente 2005 fueron escenario de una nueva aceleración inflacionaria: el índice de inflación entre diciembre de 2004 y el mismo mes de 2005 sufrió un incremento del 12,3%. El incremento entre diciembre de 2001 y el mismo mes de 2005 fue del 74,1%. En cuanto a los sueldos de los trabajadores, los del sector privado incluidos en convenios colectivos lograron en algunos casos aumentos por encima del nivel de inflación, pero no ocurrió lo mismo con los estatales y con los privados informales o no incluidos en convenios colectivos (INDEC, 2005).

que se crean. Los trabajadores de esas ramas comprenden que la posibilidad de represalias drásticas ante medidas de fuerza de las empresas tiene un nuevo límite en la escasez de personal de reemplazo. Además, en los sectores en plena producción, cualquier paro o disminución de tareas implica pérdida de ganancias al dificultar la satisfacción de la demanda preexistente, cuando no la rescisión de contratos o la puesta en riesgo del acceso a mercados externos.

Los trabajadores han utilizado en algunas ocasiones recientes la conjunción de la holgada situación financiera de las empresas y el poder de daño que tiene una huelga sobre una cadena de producción con alta demanda e intenso ritmo de trabajo. El caso más claro fue el paro de terminales automotrices, un sector orientado centralmente a la exportación, en un mercado altamente competitivo y condicionado a la alta *performance* de los proveedores, incluyendo la puntualidad de las entregas. La huelga fue desatada en un momento de auge de la producción para la exportación, y “sacada a la calle” mediante un corte de ruta en un punto neurálgico. Las medidas de fuerza contribuyeron a un rápido cierre del conflicto con incrementos salariales para los trabajadores⁸.

Estas condiciones generales redundan también en el planteo de reivindicaciones que no son de tipo salarial, para las que también se percibe que existen condiciones más favorables para su triunfo. Así se plantean la disminución de la jornada de trabajo, la instauración de regímenes horarios menos “flexibles”, y el mejoramiento de la relación de trabajo para asalariados precarizados o “tercerizados”. Las reformas regresivas implantadas en los años noventa comienzan a ser objeto de cuestionamiento por la acción obrera, que se rebela contra las condiciones de trabajo precarias, las jornadas de trabajo sobreextendidas, la continua vigilancia patronal. Cierta alivio de las condiciones generales empuja a poner en entredicho retrocesos históricos identificados con una oleada político-cultural signada por el neoliberalismo, para la que ya ha pasado su momento de esplendor.

También opera una actitud gubernamental que no privilegia la represión ni se alinea automáticamente con los patrones, como ocurría unos años atrás. Este cambio de actitud responde en buena medida al temor a que se recree el deterioro de la gobernabilidad, como en 2001-2002. Desde el aparato estatal, y sobre todo en el Ministerio de Trabajo, se ha tendido a estimular el retorno a las negociaciones colectivas, y en general se ha establecido una política de diálogo, que se compatibiliza sin embargo con que el Poder Judicial genere acusaciones criminales selectivas contra los que participan en huelgas, ocupaciones y otros actos de protesta, mostrando así distintas caras del poder estatal.

⁸ El paro y corte de ruta simultáneos ocurrieron el 7 de junio de 2005.

Juega asimismo un papel en las clases subalternas aquello que podríamos denominar el “espíritu del 20 de diciembre”. La sensación de pérdida del miedo, de recuperación de la posibilidad de transformación social mediante la acción colectiva estaba “retrasada” en el movimiento obrero. En ese retraso influía tanto la terrible situación de desempleo y declive de la actividad como la acendrada influencia de direcciones sindicales que no apostaban al conflicto y que habían generado un hábito de los trabajadores en ese sentido. Ante la mejora relativa de la situación y la aparición de luchas exitosas, la espesa capa de temor y escepticismo que mantuvo relativamente retraído al movimiento obrero durante una etapa queda parcialmente disipada, y la activación se expande de una rama de actividad a otra. En la sociedad argentina se había impuesto desde el poder, con perseverancia y coherencia dignas de mejor causa, una pedagogía precisa, con los trabajadores como destinatario principal. “Ramal que para se cierra” afirmaba el presidente Carlos Menem, refiriéndose expresamente al ferrocarril, pero apenas implícitamente a cualquier actividad que osara tomar medidas de fuerza. Nada podía esperarse de la organización, de la acción colectiva, de la lucha; ese era el mensaje subyacente. Más gradualmente, y más tarde que en otros sectores, pero tal vez con mayor fuerza y arraigo, ese modo de ver el mundo retrocede en los ámbitos obreros. Las huelgas que terminan con arreglos exitosos para los trabajadores comienzan a ser moneda corriente, los medios de comunicación operan como caja de resonancia, y la idea y la práctica de la lucha como modo de conquistar o reconquistar derechos vuelven a abrirse paso.

TERCERIZACIÓN Y SUBCONTRATACIÓN EN ENTREDICHO

Existe un área de conflicto que no tiene directa relación con el crecimiento económico ni con la actividad gubernamental. La “tercerización” ha sido una estrategia de las patronales que generalizó una modalidad que tradicionalmente se aplicaba en la construcción y algunas actividades minoritarias. La mecánica es que la empresa se centre en el negocio principal, el que mejor conoce y del que extrae sus mayores ganancias, y contrate externamente servicios accesorios: logística, limpieza, transporte, reparaciones, seguridad, etc. La realidad es que esta modalidad suele utilizarse para empeorar las condiciones de estabilidad y los niveles salariales de los trabajadores que no dependen de la empresa principal. También tiene el efecto colateral de fortalecer e institucionalizar las divisiones entre trabajadores de los mismos lugares de trabajo, desarticulando la unidad al crear una multiplicidad de dependencias patronales, además de representaciones sindicales diferenciadas.

El objetivo es similar al de la precarización, cuando se toman trabajadores con modalidades que no reconocen la existencia de la re-

lación laboral, o le quitan la posibilidad de estabilidad y permanencia, bajando costos y eludiendo responsabilidades para la empresa.

Esa tendencia patronal avanzó durante los años noventa y aun después con escasos obstáculos. Incluso se dio el caso de que grandes sindicatos se sumaron a la modalidad en su propio beneficio, constituyéndose en subcontratantes bajo la modalidad de cooperativas de trabajo, disfrazándose de agencias de colocaciones para trabajadores temporarios, avalando la contratación de pasantes, locaciones de obra⁹ y otras modalidades precarias.

Algunos de los últimos conflictos colocaron el tema en un lugar central, y desarrollaron la solidaridad de los trabajadores estables y reconocidos con las otras situaciones más endebles, y se logró el triunfo de que se equiparara a los trabajadores de las subcontratistas o a los situados en condiciones precarias.

Uno de los casos más resonantes en este campo lo han protagonizado los trabajadores de la empresa Taym junto al cuerpo de delegados del subterráneo, al haber logrado incluir a empleados de limpieza, que antes estaban bajo el sindicato de maestranza, en una categoría laboral del convenio colectivo de Metrovías, que es el de la Unión Tranviarios Automotor (UTA). Con esta lucha han logrado triplicar el sueldo y reducir la jornada de trabajo. De esta forma, los trabajadores de control de evasión del subte tomaron también este reclamo, y lograron asimismo ser contratados por una empresa que al igual que Taym pertenece al grupo empresario Roggio, concesionario del subterráneo.

Los telefónicos de FOETRA-Buenos Aires han salido a dar pelea en este sentido: se propusieron lograr la representación de todos aquellos trabajadores que las empresas Telecom y Telefónica han ubicado de forma fraudulenta bajo el encuadramiento de otros sectores, como son comercio y construcción. Previamente han resuelto el problema de la estabilidad, la precariedad de los contratos y la recomposición en los salarios.

En algunos casos, la situación de tercerización o subcontratación abarca a miles de trabajadores, como en el yacimiento petrolífero Cerro Dragón, en el sur del país, donde habría unos dos mil trabajadores empleados de subcontratistas que están afiliados al sindicato de albañiles (Unión Obrera de la Construcción) y no al sindicato petrolero, y se lucha por incluirlos en el régimen petrolero, más favorable a los trabajado-

⁹ "Pasantía" es el nombre que recibe en Argentina un peculiar contrato de aprendizaje, dirigido a estudiantes, que so pretexto de contribuir a su formación los hace trabajar en condiciones de indefensión y precariedad. La locación de obra encubre la relación laboral bajo la apariencia de que no existe un trabajador sino un técnico o profesional independiente, que cobra por un resultado específico y no por tiempo de trabajo y carece por tanto de la cobertura legal que corresponde a los trabajadores asalariados.

res¹⁰. Otro caso, en el ámbito industrial, se ha dado en la productora de hierro Zapla, de Jujuy.

Hace muy poco tiempo se presentó un conflicto muy limitado en sus alcances cuantitativos, pero de fuerte significado simbólico, en un sector de trabajadores de la multinacional McDonald's, encarnación simbólica por excelencia de los modos posfordistas de organización de la producción, el trabajo y el consumo.

En torno a estos procedimientos se juegan a veces disputas intersindicales, ya que en muchas oportunidades sectores del sindicalismo más conservador se prestan complacidos a que, a cambio de la incorporación de un sector de trabajadores, se permita a la empresa empleadora pagar menores salarios y colocar en peores condiciones a un sector de los trabajadores que emplea.

Está por verse si este costado de la conflictividad deriva en un punto de inflexión en el proceso de cesión de conquistas y precarización que los trabajadores han sufrido en las últimas décadas. Lo cierto es que, en general, en el marco de conflictos más amplios, aparece la reivindicación de homogeneizar el régimen de los trabajadores de una misma empresa, recuperando valores y prácticas de solidaridad, y con la tendencia a poner en revisión la pérdida de conquistas y las innovaciones regresivas que patronales y Estado instauraron, en especial durante la década del noventa.

REAGRUPAMIENTO DE LAS VERTIENTES RADICALIZADAS

Desde poco después de diciembre de 2001 ha existido la Asamblea Nacional de Trabajadores, que adoptó un perfil más ligado a los *movimientos piqueteros* (de desocupados) que a las organizaciones de trabajadores ocupados, lo que en algún sentido se ha revertido últimamente.

En los dos últimos años, ha aparecido un núcleo impulsado desde la fábrica recuperada Zanón, primero en forma de una agrupación regional, la Coordinadora del Alto Valle¹¹, y luego en forma de una iniciativa más amplia, agrupada en torno a un periódico, denominado *Nuestra Lucha*¹². Los últimos meses se han visto jalonados por plenarios que inten-

10 Tras ocho días de huelga, los dos mil trabajadores de Cerro Dragón lograron un 100% de aumento, al parecer sin haber alcanzado todavía su reconocimiento como trabajadores petroleros (García, 2005).

11 Alto Valle del Río Negro es el nombre que recibe una zona del norte de la Patagonia argentina, caracterizada por la producción de fruta, y en la que se encuentran las ciudades de General Roca, Cipolletti, Neuquén, Allen, Villa Regina y otras.

12 Se trata de un periódico editado por los trabajadores de Zanón y el sindicato de ceramistas de Neuquén, de frecuencia mensual, que aparece desde el año 2003. Informa sobre las luchas de los trabajadores y otros sectores del movimiento social. Se edita en papel y en Internet.

tan articular a las nuevas corrientes. Y el 1 de mayo de 2005 dio lugar a un acto importante, que reunió a variadas agrupaciones de trabajadores desocupados, junto a agrupaciones piqueteras y partidos de izquierda, y se plasmó en un documento unificado que de alguna manera plantea un programa de acción para el corto y mediano plazo del conjunto de las organizaciones de las clases subalternas. Allí se afirma:

El movimiento obrero ha entrado en acción. El ascenso actual viene precedido por las grandes luchas estatales y docentes de mediados del año pasado. Desde fines de 2004 y en 2005, la gran huelga de los trabajadores telefónicos y el gran triunfo de los trabajadores del subterráneo, que venían de conquistar las 6 horas, abrieron una nueva oleada en donde los trabajadores se lanzan a recuperar lo perdido en estos años recuperando conquistas laborales y salariales, sobre todo, luego de la devaluación duhaldista, rompiendo el cepo salarial (Vocos, 2005).

A partir de esa constatación, se enlazan los argumentos para plantear un conjunto de reivindicaciones obreras y de los trabajadores desocupados, completadas con condenas a las políticas del gobierno.

Un analista ha mencionado la conformación de una suerte de “cofradía obrera” (Vocos, 2005), definida como un conjunto de sectores de base que han tomado la lucha de compañeros de otras actividades como propia, solidarizándose y apoyándolos en cada conflicto. Una de las expresiones más elevadas en este sentido es la de los trabajadores del subterráneo, que han parado el servicio recientemente, en solidaridad con el conflicto en una línea aérea estatal y un hospital pediátrico. Las huelgas de solidaridad, particularmente aborrecidas por las patronales y el Estado, han retornado al escenario. Si bien el ámbito de predominio de las conducciones sindicales tradicionales no se ha alterado sustantivamente, direcciones sindicales definidas como alternativas o de oposición han ganado un lugar importante en actividades del transporte y los servicios públicos.

Un punto de convergencia de sectores radicalizados del movimiento obrero ha sido la lucha por la jornada de seis horas para todos los trabajadores, concebida a la vez como mejora de las condiciones de vida generales y como instrumento para combatir la desocupación, forzando el ingreso de nuevos trabajadores en grandes cantidades. En octubre de 2004 se lanzó un Movimiento Nacional por la Jornada de Seis Horas, impulsado desde los trabajadores de subterráneos, con la consigna de abreviar la jornada sin reducción de salarios. El mensaje de solidaridad era claro: los obreros de esa rama, que reconquistaron recientemente la jornada limitada (en su caso por razones de insalubridad), superan intereses estrechamente corporativos y encabezan el

reclamo por la extensión de la conquista a todos los trabajadores¹³ y la generación de puestos de trabajo para desempleados, y buscan así la solidaridad activa con las organizaciones piqueteras.

Otro síntoma de reactivación de corrientes radicalizadas es la creación o activación de iniciativas intelectuales y artísticas ligadas al movimiento obrero. Grupos de investigadores como Economistas de Izquierda o el Taller de Estudios Laborales dedican parte sustantiva de sus esfuerzos a la colaboración con el movimiento obrero. Son emprendimientos que datan de tiempo atrás, en algunos casos con varios años de existencia, pero que encuentran ahora una particular resonancia, y se asocian a reivindicaciones como la jornada de seis horas o emprendimientos de comunicación de los trabajadores “clasistas” como el mencionado periódico *Nuestra Lucha*. Un conjunto de realizadores cinematográficos y videastas llamado Grupo Alavío, con diez años de actividad, con varias producciones sobre el movimiento piquetero y fábricas recuperadas, ha realizado últimamente una producción titulada “Por una jornada laboral de seis horas”, que inauguró el acto por la reivindicación que mencionáramos antes (Trabajadores y Delegados del Subte, 2004). Iniciativas que antes tendían a centrarse en el movimiento de desocupados o en las fábricas recuperadas se vuelcan ahora a reflejar luchas obreras, procurando registrar el nuevo viraje en las luchas.

MOVIMIENTO OBRERO Y PIQUETEROS

A partir de 2003 se asistió a un desgaste y relativo repliegue de las organizaciones piqueteras, acompañado en la última etapa por tentativas de reflexión colectiva, reagrupamiento y búsqueda de alianzas por fuera del sector de desempleados y de articulaciones con proyección política. El sentido común suele señalar entre las causales del desgaste piquetero el creciente desafecto hacia ellos de la clase media. En realidad, también entre los trabajadores asalariados se ha generado desconfianza y repudio hacia las acciones de los desempleados. Particularmente en los amplios sectores que, por sus lugares o modalidades de trabajo, se encuentran más directamente afectados por los cortes de ruta (los del transporte urbano, todos los que se desempeñan en la zona céntrica de Buenos Aires, etc.). En los últimos meses, corrientes sindicales combativas han tomado activamente en cuenta ese estado de ánimo de los trabajadores, y han procurado tender caminos de acercamiento. En testimonios provenientes de empresas en conflicto puede rastrearse esta actitud, a través de acciones de solidaridad de los piqueteros con trabajadores en conflicto, como ha ocurrido en el subterráneo o en el hospital Garrahan. Los desocupados colaboran con el desarrollo de la

13 El acto inaugural fue el 29 de octubre de 2004, con la asistencia de 3 mil personas.

medida de fuerza, a través de medidas de solidaridad efectiva, y de ese modo contribuyen a revertir las resistencias que se han generado entre los trabajadores. En una reciente entrevista, un delegado de subterráneos, Roberto Pianelli, relataba:

Hicimos una jornada donde participaron la FTC, el Polo Obrero, el Teresa Vive, el MTR, todas las organizaciones de desocupados, que participaron haciendo un bloqueo y repartiendo propaganda favorable a la huelga en las bocas del subte. Algunos compañeros preguntaban por qué venían, qué es lo que quieren. Y otros con reticencias: “Son los que me cortan el camino y yo llego tarde al laburo”. Entonces hicimos asambleas con ellos. Eso logró que se empezara a revertir la situación de demonización, sumado a que las organizaciones de desocupados vinieron a solidarizarse cuando tuvimos conflictos largos (*Lavaca.org*, 2005).

Con un alcance más general, se impulsan iniciativas que estimulan la convergencia entre trabajadores ocupados y desocupados, como núcleo de entendimientos sociales más amplios. En esa línea se ha generado, en 2004, el Frente Popular Darío Santillán, que reúne a corrientes del movimiento piquetero con agrupaciones que actúan en el terreno sindical. También hubo otras creaciones, como la mencionada de *Nuestra Lucha*, y la mayor presencia de organizaciones de integración “mixta” existentes desde antes, como la Asamblea Nacional de Trabajadores. Algunas corrientes de izquierda parecen estar revisando la actitud de los últimos años, de privilegiar en la práctica las acciones de los desocupados sobre la actuación entre quienes conservan su trabajo, y hasta se insinúa una cierta inversión de la corriente, en tanto que destacan la pertenencia obrera de los movimientos de desocupados, identificación que, por otra parte, siempre se reivindicó desde el interior de tales agrupaciones.

MOVIMIENTO OBRERO Y EMPRESAS RECUPERADAS

Las estimaciones sobre la cantidad de establecimientos “recuperados” y de trabajadores involucrados son imprecisas, y suelen variar bastante. De todas maneras coinciden en no elevarse mucho más allá de doscientas empresas y de una decena de miles de trabajadores. Por encima de los criterios estrictamente cuantitativos, la relevancia y repercusión alcanzadas superan lo que aquellos indicarían. La recuperación de empresas tiene un gran valor ejemplar, y sigue creciendo a través de nuevas empresas que entran en crisis y son recuperadas. Se ha venido convirtiendo en un mecanismo habitual de mantenimiento de las situaciones de trabajo en condiciones de abandono, quiebra o vaciamiento por parte

de los empresarios. Todo el tiempo aparecen nuevas empresas recuperadas, más allá de la floración del fenómeno en los meses subsiguientes a diciembre de 2001, de la mano de la activación social y política asociada al momento más agudo de la crisis. Incluso en establecimientos de envergadura, como el importante frigorífico La Foresta, que luego de una prolongada crisis empresaria fue recuperado en estos últimos meses. La recuperación sigue siendo un núcleo de conflictividad, que se despliega con variadas causas y modalidades.

Los trabajadores enfrentan distintos adversarios a la hora de hacerse con o afirmarse en el control de las empresas. Las antiguas patronales en algunos casos; en otros, empresarios aspirantes a encargarse de las plantas mediante compra, locación u otros mecanismos; más síndicos, administradores o jueces con frecuencia interesados en que la organización obrera ceda el paso nuevamente a patronales privadas. Desde el caso señero de Zanón, en el que siguen produciéndose tentativas de reprivatizar la empresa, pasando por el conflicto desatado en Ymca por problemas económicos y la confrontación entre dos “centrales” de empresas recuperadas, hasta el de empresas importantes en situación de crisis y en las que aparece en el horizonte la posibilidad de recuperación por los trabajadores, como la productora de lácteos Parmalat, el cuadro de las empresas recuperadas es todo menos estable. Su presencia pública sigue siendo elevada, y sobre ella se montan incluso variadas operaciones políticas, muchas de las cuales están dirigidas desde ámbitos de gobierno.

Una mención aparte merece la empresa Zanón, de Neuquén que, acompañada por la conducción del sindicato de ceramistas de dicha provincia, al que pertenecen sus trabajadores, se ha proyectado una y otra vez hacia el escenario nacional con consignas del tipo “Si los trabajadores podemos manejar una fábrica, podemos manejar el país” y presentándose como modelo de administración obrera exitosa a través del aumento de la producción y el incremento del número de trabajadores.

Últimamente ha tomado particular relieve el hotel Bauen, del centro de Buenos Aires, que controlado por una cooperativa de trabajadores se ha convertido en virtual punto de encuentro de variadas organizaciones sociales, que organizan allí congresos, conferencias y debates. El trabajo específico como hotel se vincula a la actividad social y política, y lo convierte en una suerte de centro político-cultural de los movimientos de lucha y resistencia. El establecimiento sufrió un allanamiento y una tentativa de desalojo, pero su caso se ha dotado de una visibilidad que hace difícil el éxito de tales acciones¹⁴. En cuanto a su

14 El allanamiento se produjo el día 5 de junio de 2005. El motivo esgrimido fue problemas de seguridad en el edificio.

funcionamiento como empresa, tiene la particularidad de que de unos 40 trabajadores iniciales ha pasado a 115, expandiendo así la planta de personal.

LAS ESTRUCTURAS SINDICALES TRADICIONALES

Estas siguen mayormente incólumes, mas allá del fortalecimiento de corrientes antiburocráticas, la autonomización de comisiones internas y la atención despertada por conflictos que no controlan. Incluso algunos sectores demuestran capacidad de encabezar conflictos que incluyen acciones fuertes cuando las situaciones son propicias, como ocurrió durante el mes de junio en tres terminales automotrices de primera línea (Ford, Volkswagen y Daimler Chrysler), con un corte de ruta de vasta resonancia protagonizado por varios centenares de trabajadores de esas empresas situadas en la zona suburbana norte de Buenos Aires.

Lo más importante en el plano institucional fue la reunificación de la CGT en una sola central (se hallaba dividida desde los años noventa). Pero rápidamente se produjeron divergencias en el seno de la nueva conducción provisoria, con el resultado, hasta ahora, de una virtual escisión de la central. De todas maneras, resulta significativo que los que se escindirían son un sector ahora minoritario, pero que fue mayoría durante muchos años. Inversamente, el nuevo líder, Hugo Moyano, es el representante de una tendencia que se distingue por su propensión a la realización de movilizaciones amplias y actitudes más combativas. Dicha conducción se encuentra más próxima al tradicional “vandomismo”¹⁵ que al sindicalismo empresario característico de los noventa. Encabeza una coalición heterogénea, pero de consolidarse no escapará al sesgo movilizador y limitadamente combativo de su dirigente máximo y sus aliados más antiguos y consecuentes, los gremios del transporte. Más que de una crisis global de la burocracia sindical, puede hablarse de una situación crítica para los sectores más afines a las reformas neoliberales de los noventa, que basan su predominio en los servicios a los afiliados y las buenas relaciones con las patronales y otros sectores de poder, pero que tienen escasa capacidad de lucha y movilización.

La corriente que ahora aparece imponiéndose tiene que ver con cierto combativismo de las décadas anteriores, y se ha inclinado decididamente al apoyo al gobierno actual. De todos modos, la entronización

15 Por Augusto Timoteo Vandor, dirigente sindical emblemático de posiciones que tendían a una visión corporativa del movimiento obrero, compatible con una actitud “combativa” en la lucha reivindicativa, pero ligada a una estrategia de acatamiento a las relaciones fundamentales de la sociedad capitalista. Vandor fue muerto en 1969 por guerrilleros vinculados al peronismo. Durante los noventa, predominó un sindicalismo poco propenso a las luchas y a planteos reivindicativos en general.

de esta nueva conducción de la CGT podría derivar en un nuevo impulso de la central para competir en la actitud de movilización y combatividad con los sectores o las comisiones internas que activen los conflictos.

El hecho es que la reunificación surgió en 2004, con impulso oficial, como una vía para devolver protagonismo a la organización sindical tradicional, y subsidiariamente como un operativo de “salvataje” de los sindicatos más conservadores, que se habían quedado sin política más allá de los límites más estrechamente corporativos. Un año después, estos últimos gremios parecen volver al punto de partida de relativo aislamiento corporativo mientras la nueva conducción cegetista quedó en parte paralizada por las disputas internas estalladas de inmediato a la unificación. El gobierno cuenta así con una CGT que tiende a serle adicta, pero que puede verse presionada a adoptar posiciones de combatividad creciente, lo que por otra parte contradice la práctica que sus dirigentes desarrollaron en etapas anteriores, en el MTA y en la CGT “rebelde”¹⁶.

En contraposición, a la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), que aparecía en los albores del gobierno de Kirchner como la central obrera más cercana a este, se le ha negado la personería gremial como entidad sindical de tercer grado, lo que desató un reclamo de dicha organización en pro de la libertad sindical. La CTA ha desarrollado en los últimos tiempos una actitud menos expectante hacia el gobierno de Kirchner, aunque sin volcarse a una oposición neta. Por ejemplo, su principal sindicato, la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE), se incorporó a una instancia de negociación que hasta ese momento había rechazado: las convenciones colectivas de trabajo de la administración pública. Sin embargo, en otra dirección, encabeza fuertes conflictos gremiales en curso, especialmente en el área de salud de la provincia de Buenos Aires.

Ni las clases dominantes, ni el gobierno, ni tampoco las conducciones sindicales parecen tener una política clara para esta nueva etapa, y el proyecto de contrarrestar a expresiones nuevas mediante el estímulo a la acción sindical viene demostrando sufrir contradicciones complejas y ser de dudoso éxito.

LA CUESTIÓN DE LA DEMOCRACIA SINDICAL

El debate en torno a la democracia sindical tiene décadas de vigencia en Argentina. Por un lado, por la existencia de direcciones sindicales que manejan los estatutos gremiales, y las elecciones tanto del sindicato como de nivel de establecimiento, y que mantienen alianzas tanto con los empleadores como con las autoridades estatales para que avalen

¹⁶ Estando la CGT dividida en dos conducciones antagónicas, la que lideraba Moyano, de tendencia más “combativa”, era denominada de ese modo en los medios de comunicación.

su actuación y las normas que imponen. Si bien no puede afirmarse válidamente que esas conducciones mantienen su predominio sólo por el fraude electoral y la connivencia con las patronales y el Estado, lo cierto es que esas prácticas se asocian en un lugar no secundario con el consenso, a menudo pasivo y resignado pero efectivo, que mantienen en franjas mayoritarias de la clase trabajadora en Argentina, y con el paralelo y sistemático sabotaje al fortalecimiento de corrientes de oposición u organizaciones sindicales autónomas de su dominio.

La legislación argentina continúa con una normativa que tiende al monopolio de representación sindical. En la generalidad de los casos, existe un solo sindicato por actividad dotado de la denominada “personería gremial”, que es el único que puede designar delegados protegidos contra despido, declarar medidas de fuerza legales, percibir aportes de las propias patronales, etc. Las restantes organizaciones pueden actuar, pero sin tener ninguno de los derechos de representación y protección que enumeramos.

Esa carencia de libertad de agremiación ofrece una base para el mantenimiento de prácticas antidemocráticas, pero estas se sustentan de modo aún más directo en un sistema sindical que no prevé la representación de minorías en la conducción, que no da lugar a la revocatoria de mandatos y que reconoce escasas facultades a los niveles de base, cuyos mandatos son sencillos de tergiversar (Lucita, 2005). Todo ello se conjuga con la vigencia de estatutos que exigen requisitos desmedidos cuando no absurdos para presentar listas a elecciones. De todas maneras, no debe perderse de vista el componente de consenso que las direcciones sindicales más burocratizadas mantienen, en gran medida basado en concepciones de conciliación de clases y confianza en la colaboración con el aparato estatal, provenientes de la tradición del peronismo, con el que sigue identificándose la mayoría de los trabajadores, si bien sin el fervor del pasado. Y tampoco debe olvidarse que buena parte de ese consenso no deriva de la representación sindical en su sentido más estricto, sino de una serie de servicios, auxilios y ventajas que los sindicatos oficiales pueden proveer a sus afiliados, vía atención sanitaria, servicios turísticos, auxilios económicos, ayuda escolar, capacitación, patrocinio legal. A ello se suma una red menos explícita de intercambios de tipo clientelista, de patrocinios informales ante las patronales, de consecución de empleo en el gremio (a veces en la propia estructura sindical) para familiares y amigos. Todo este sistema se ha visto deteriorado en lo financiero y en su apoyo político en los últimos años, pero no ha caducado, ni mucho menos. Se ha visto incluso a algunos dirigentes sindicales hacer campaña para ser reelegidos basados en sus dotes de administradores, marginando cualquier proselitismo ligado a la conducción reivindicativa. Las oposiciones de-

mocratizadoras y combativas suelen no asignar su real dimensión a esta intrincada gama de relaciones de las burocracias sindicales y el asentimiento que ella les proporciona, lo que los lleva en muchos casos a estrellarse frente a un problema cuya importancia, y a veces su misma existencia, desconocen.

También existe el problema de que las agrupaciones de origen peronista o afín, por más opositoras y antiburocráticas que sean, abrevan por lo general en un modelo de conducción también verticalista y con tendencias autoritarias, reacio a las representaciones minoritarias y al rol protagónico de las asambleas. En la CTA, por ejemplo, reivindican la libertad de agremiación contra el régimen de personería gremial, pero mantienen una actitud mucho más circunspecta respecto de la implantación de otros rasgos democratizadores.

LA RELACIÓN CON EL GOBIERNO

El gobierno de Kirchner ha desarrollado en el plano de la política laboral en general, y hacia los sindicatos en particular, uno de sus empeños rectores: el de recuperar el lugar de estadista para el personal gobernante, y la ubicación del aparato estatal como árbitro de un conflicto social que cuenta con tres partes y en el cual la administración es la que tiene la última palabra. Ante la fuerte presencia pública de las organizaciones de desocupados, expresada sobre todo en las frecuentes manifestaciones y cortes de calles, apuntó a incrementar la actividad y presencia sindical, como factor de equilibrio frente a la gravitación casi exclusiva en los ámbitos públicos de los piqueteros y las organizaciones de izquierda durante los años 2002 y 2003. En su momento favoreció la reunificación de la CGT, elaboró acuerdos políticos con amplios sectores del sindicalismo para las elecciones de octubre de 2005 y estimuló la posibilidad de que recuperen un lugar importante las negociaciones colectivas entre sindicatos y empresarios con auspicio estatal¹⁷.

En términos jurídicos y simbólicos, el papel arbitral del Estado en materia laboral tiene su máxima expresión en los convenios colectivos de trabajo. Ellos son la expresión quintaesencial de la conciliación de clases en un Estado capitalista moderno, que participa de las tratativas y da el *exequatur* a los acuerdos alcanzados desde una posición tutelar, no sólo de protección de la ley, sino de custodia de la equidad material y social de los arreglos. Sólo su homologación da forma al convenio, que a partir de allí se comporta en la práctica como una ley, en cuanto norma general y obligatoria, cuyos efectos van más allá de las partes signatarias. El año 2004 fue, en efecto, el del resurgimiento en gran escala de los convenios

¹⁷ En Argentina rige un sistema de negociaciones colectivas de trabajo establecido en los años cincuenta, que suele tener largos períodos de “letargo” en su aplicación efectiva.

colectivos, instancia bastante relegada desde 1990, un lapso de trece años en el que el número de convenciones colectivas fue bajo, y en general se celebraban por empresa y no por rama o actividad. El gobierno colocó en el Ministerio de Trabajo a un destacado abogado laboralista, con una larga trayectoria de vinculación con organizaciones sindicales tales como la Unión Obrera Metalúrgica (UOM)¹⁸. La política que se ha fijado, avalada por el gobierno de Kirchner, es la de reequilibrar las cargas al interior del movimiento de las clases subalternas. Los piqueteros son visualizados como un adversario menos deseable y compatible con la gobernabilidad que el sindicalismo. El gobierno ha estimulado la intensificación de negociaciones salariales formales (convenios colectivos) como parte de sus esfuerzos para normalizar la escena social y devolver protagonismo a la conducción sindical, en particular en sus vertientes más tradicionales. A lo largo del primer trimestre de 2005, se celebraron 82 convenios, de los cuales 59 contuvieron aumentos salariales. Según datos oficiales del Ministerio de Trabajo, durante 2004 se concretaron 349 convenios colectivos, lo que duplica el promedio de los diez años anteriores. Y se ha vuelto a las negociaciones no por empresa sino por actividad, que prácticamente habían desaparecido durante los noventa (MTEySS, 2005). Mas allá de que el contexto económico favorece el florecimiento de las convenciones, ello articula con la política gubernamental en la materia en cuanto a re-colocar al sindicalismo tradicional en un lugar de conducción de amplios sectores de las clases subalternas. Nada mejor para ello que facilitar la obtención de mejoras por la vía en principio consensual, no conflictiva, de las convenciones colectivas. Además, ello le permite al Estado eludir tanto el rol de pasivo legitimador de los avatares del mercado como el de regulador coercitivo de las relaciones laborales, y autocolocarse en un supuesto “equilibrio” en su nivel de intervención. Tras decretos que otorgaron aumentos a los trabajadores públicos y privados, en estos últimos meses se ha anunciado que la vía para los reajustes es la del convenio. De esta forma, desde el gobierno se instaura la “normalidad”, pero no una que remite al preludio inmediato de la crisis, sino a las prácticas imperantes antes de la era Menem.

Es preciso señalar que al comenzar a aplicarse efectivamente un convenio colectivo para la administración pública, firmado en 1999, los trabajadores estatales ingresan en gran escala en esta modalidad, ampliando el espectro tradicional, básicamente limitado a los asalariados con patrones en el sector privado.

Así despunta una tentativa, en cierto modo exitosa, de normalizar la conflictividad gremial, canalizándola a través de negociacio-

18 Carlos Tomada es, en efecto, un famoso abogado laboralista, ligado al sector sindical, pero también a la docencia universitaria y de posgrado en la materia.

nes que, en la mayor parte de los casos, logran mejoras salariales para los trabajadores representados. Las conducciones sindicales tienen oportunidad de lograr aumentos salariales sin conflicto, o con medidas de fuerza acotadas y vigiladas desde la autoridad laboral. Y en muchos casos, cámaras empresariales de actividades en crecimiento se hallan relativamente proclives a otorgar incrementos salariales con tal de evitar confrontaciones que puedan afectar su nivel de producción y ventas.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El proceso que estamos analizando puede entenderse como parte de una transición que se articula con varios procesos vividos en la Argentina reciente. La pretensión de colocar al movimiento obrero en el lugar de un repliegue definitivo, de un declive de su gravitación tanto subjetiva como estructural ha sido desmentida una vez más por los hechos. De lo que se trata, en todo caso, es de un conjunto social que emerge de una profunda reestructuración, en la que sufrió importantes retrocesos en sus conquistas y derrotas en sus luchas, adaptándose a una nueva situación y a prácticas que tienden a renovarse parcialmente. Y que invita a reconceptualizar, no a abandonar, la idea de la gravitación del movimiento obrero en Argentina, que por cierto debe incluir a los trabajadores desempleados y a los que realizan su trabajo en modalidades contractuales y organizativas que no están configuradas al modo de la relación salarial clásica ni están incluidas en las representaciones sindicales tradicionales.

Durante largos años, las acciones predominantes por parte de las patronales y el Estado tendieron a recluir a los trabajadores en un nivel de acción y conciencia circunscripto al impulso económico-corporativo más primario, a debilitar su nivel de organización y diluir la conciencia de pertenencia a un universo de trabajadores. Este proceso mundial se experimentó con particular agudeza en Argentina, y las expresiones obreras se vieron en gran medida reducidas a defender, a menudo sin éxito, sus conquistas históricas. Hoy los resultados de las reformas conocidas como neoliberales ya no son amenazas a tratar de conjurar, sino hechos a revertir. Las últimas luchas obreras en Argentina las ponen en tela de juicio con progresiva claridad, y comienzan a lograr algunos triunfos en orden a revertirlas, cierto que con un tiempo de retraso con respecto a otras expresiones de las clases subalternas. Estas luchas llevan en su interior las semillas de la rebelión popular de 2001-2002.

Es importante, con todo, visualizar esta reactivación no sólo en sus potencialidades, sino también en sus límites, ya que suelen predominar visiones económico-corporativas de la situación de conflicto que, si bien pueden plantearse solidaridad al interior de la clase o visualizar

los beneficios de la expansión de las luchas, tienden a circunscribirse a lo reivindicativo, sin cuestionar las relaciones sociales más en general ni plantearse la articulación con otros sectores sociales¹⁹.

El movimiento es incipiente; sólo alcanza a una parte de los trabajadores, con epicentro en el ámbito estatal y algunos sectores del transporte, las comunicaciones y los servicios. La perspectiva predominante en los trabajadores que entran en conflicto no es la de transformación revolucionaria de la sociedad, ni siquiera de reformas decisivas, sino de recuperación del nivel de vida y de poner coto al poder casi ilimitado adquirido por las patronales en los lugares de trabajo. Si el pacto con los trabajadores originado en los años cuarenta ha sido dejado sin efecto a lo largo de la década de los noventa por las patronales y el Estado, ha pervivido, con variantes, como cosmovisión mayoritaria en la sociedad argentina, y los discursos que plantean de alguna manera el retorno a políticas sociales universales, negociaciones tripartitas, y políticas económicas proteccionistas de la producción local continúan teniendo un eco mayoritariamente favorable.

De todos modos, la reactivación del movimiento obrero marca un aporte importante a la expansión de las prácticas de lucha social y del cuestionamiento a las reformas neoliberales. Más allá de las expectativas favorables despertadas por el gobierno actual y de la pervivencia de una conciencia marcada por un deseo de “retorno al pasado feliz” y proclive a la confianza en la recuperación del papel regulador del Estado, las contradicciones tenderán a agudizarse, en un orden social que carece de bases para un sólido ascenso de las condiciones de vida y de la participación política efectiva para el conjunto de las clases subalternas.

BIBLIOGRAFÍA

Campione, Daniel y Rajland, Beatriz 2004 “Piqueteros y trabajadores ocupados en la Argentina de los últimos años: novedades y continuidades en su participación y organización en los conflictos”, Reunión del Grupo Historia Reciente de CLACSO, Montevideo, agosto, mimeo.

¹⁹ Puede compartirse en general lo que se señala en un artículo muy reciente: “Uno de los problemas principales es que la lucha salarial expresa una ‘subjetividad elemental’, sindicalista, corporativa, que separa la pelea económica de las luchas políticas. No obstante la existencia de jalones más avanzados, lo que prima de conjunto, circunscripto por la lucha salarial, es la idea de una lenta evolución de recomposición sindical que influye en las nuevas organizaciones y referentes de los trabajadores. Hay corrientes en el movimiento obrero que se adaptan a este estadio elemental de las luchas de las masas, transformando este momento inicial en un fin en sí mismo” (Meyer y Gutiérrez, 2005: 27).

- Centro de Estudios Nueva Mayoría 2004a “Informe conflictos obreros año 2003” en <<http://nuevamayoría.com>> 20 de enero.
- Centro de Estudios Nueva Mayoría 2004b “Informe conflictos obreros año 2003/2004” en <<http://nuevamayoría.com>> 20 de octubre.
- Centro de Estudios Nueva Mayoría 2005 “Incremento de la conflictividad en junio” en <<http://nuevamayoría.com>> 1 de julio.
- García, Marcelo 2005 “Las garras del dragón obrero doblegaron a Pan American” en *Rebelión*, 14 de julio. En <www.rebelion.org>.
- INDEC-Instituto Nacional de Estadística y Censos 2004a “Cuadro Evolución del Estimador Mensual de Actividad Económica a Precios de Mercado de 1993” en <www.indec.gov.ar>.
- INDEC-Instituto Nacional de Estadística y Censos 2004b “Encuesta Permanente de Hogares (EPH)” en <www.indec.gov.ar> acceso 2 de enero de 2005.
- INDEC-Instituto Nacional de Estadística y Censos 2005 “Serie histórica Índice de Precios al Consumidor (IPC) Gran Buenos Aires” en <www.indec.gov.ar>.
- Lavaca.org* 2005 “Los cambios en el sindicalismo. Cuando el poder está en las asambleas” en *Lavaca.org*, 6 de julio. En <www.lavaca.org>.
- Lucita, Eduardo 2005 “¿Qué democracia sindical?” en *Nuestra Lucha* (Buenos Aires) N° 21, junio.
- Meyer, Laura y Gutiérrez, Gastón 2005 “Las luchas obreras y los avances de la subjetividad” en *Lucha de Clases. Revista Marxista de Política y Teoría* (Buenos Aires) N° 5.
- MTEySS-Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de Argentina 2005 “Informe anual 2004. Récord en la negociación colectiva” en <www.trabajo.gov.ar> 4 de enero.
- OSAL 2004 “Cronología del conflicto social” (Buenos Aires) Año V, N° 15.
- Trabajadores y Delegados del Subte 2004 “Lanzamiento por la jornada laboral de seis horas y aumento de salarios”, 3 de noviembre. En <www.metrodelegados.com.ar>.
- Vocos, Federico 2005 “El 1° de Mayo frente a la recomposición de las luchas obreras” en *La Fogata*, 5 de mayo. En <www.lafogata.org>.